

Los preparativos del cerco de Babilonia

Nabucodonosor falleció en 561, dejando el trono a su hijo Evilmerodach. Joiakin, penúltimo rey de Judá, vivía aún en su cárcel de Babilonia. Evilmerodach le indultó, probablemente para celebrar su advenimiento. Se le situó honrosamente entre los reyes vencidos que vivían en Babilonia, se le asignó una cantidad para su sostenimiento y el de su casa, y fue admitido a la mesa de su vencedor.

El reinado de Evilmerodach y Neriglisor fue corto, y luego ocupó el trono un niño que fue asesinado en 555. Con él acabó la casa de Nabucodonosor, corta dinastía, como todas las de Oriente, pero que había dado la medida del mayor poder conocido hasta entonces. Nabanahid, uno de los conjurados, sostuvo diecisiete años el imperio de Babilonia, mientras tomaban un giro decisivo los acontecimientos que transformarían la faz del mundo. Los años de Babilonia estaban contados. Al Este del Tigris las poblaciones arias de medos y persas, terribles las dos por su organización militar, se unían definitivamente bajo el mando de uno de los más poderosos organizadores de imperios que menciona la Historia: Ciro el Persa, que fue como el Carlomagno del mundo antiguo, y el punto de

partida de un orden nuevo. La entrada del Irán en la escena del mundo se producía con un esplendor sin igual.

La batalla de Timbrea y la caída del reino semiasirio de Lidia (554), una guerra de quince años en Bactriana y en Escitia que juntó en un solo núcleo de fuerzas a todos los pueblos militares y sanos del Irán, decidieron el fin de Asiria. Invencibles a sus horas, aquellas milicias de Nínive y Babilonia habían hallado finalmente quien les fuese superior. La suerte de las armas, inicua tantas veces, fue justa en esta ocasión. Aquel imperio viejo (sucesivamente ninivita y babilónico) de Asiria, no merecía vivir. El imperio romano fue tan duro como él, pero civilizó, preparó un régimen verdaderamente humanitario, el imperio del siglo segundo de nuestra era, que fue una de las piedras angulares del progreso. El Irán, aunque poco civilizado, valía más que Asiria. La capacidad intelectual de aquellas poblaciones feudales y guerreras era con seguridad muy poca, pero la facultad moral era muy vigorosa. Podemos considerar a los persas de Ciro como a los francos de Austrasia, bárbaros, ignorantes, pero ingenuos, honrados y fieles a sus juramentos. Nunca practicaron el sistema de deportación, que con razón había exasperado a Oriente. Las numerosas naciones oprimidas por Asiria empezaron a respirar cuando vieron aparecer por el horizonte esta esperanza de emancipación. El mundo se creyó descargado de una cubierta de plomo.

Los más vivamente impresionados debieron ser los deportados de Judea. Por todas partes circulaban oráculos que presentían y anunciaban la inmediata ruina de Babilonia. Cuando se acercaron las señales precursoras del día del juicio de Dios, se multiplicaron y precisaron las profecías.

Un formidable poeta que ha querido perderse entre los rayos de Isaías hace resonar, en medio del tumulto profético de Israel, su voz clara, su timbre sonoro, sus acentos patéticos y conmovedores.

La más notable de estas páginas poéticas es una amenaza contra Babel, en la cual se indica a los medos como ejecutores del exterminio dispuesto por Jehová. Este poeta enseñaba a Israel el himno que ha de cantar cuando caiga su dominadora.